



Françoise Davoine

École des Hautes Études en Sciences Sociales
(Francia)

gaudilliere1@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4505-8279>.

Artículo publicado inicialmente bajo el título *Chercheuse et therapôn: autour de la transmission des traumas de guerre*, en *La Guerre transmise, Sensibilités. Histoire, critique & sciences sociales*, n° 10, 2021. Traducción del francés al español: Dr. Luis Tamayo Pérez. Se publica por primera vez en español con autorización de la autora y la editorial.



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.6775090>

Sección: *Dossier*

Investigadora y Therapôn. En torno a la transmisión de los traumas de guerra

Resumen

En este ensayo se revisa el transcurso de la sociología al psicoanálisis realizado por Françoise Davoine a lo largo de su vida, acompañada en buena medida por Jean-Max Gaudillière. Dicho recorrido estuvo marcado por múltiples encuentros con personajes de variadas disciplinas, así como con aquellos cuyas vivencias traumáticas sirvieron de testimonio para una investigación real sobre los silencios de la historia.

Palabras clave: Sociología, Psicoanálisis, Trauma, Locura de las guerras.

Researcher and Therapon. Around the transmission of war traumas

Abstract

This essay reviews the passage from sociology into psychoanalysis carried out by Françoise Davoine throughout her life, largely accompanied by Jean-Max Gaudillière. Said journey was marked by multiple encounters with characters from several disciplines, as well as with those whose traumatic experiences testified to a real investigation into the silences of history.

Keywords: *Sociology, Psychoanalysis, Trauma, Madness of wars.*

Introducción

Cuando Stéphane Audoin Rouzeau y Emmanuel Saint Fuscien me pidieron que escribiera para la revista *Histoire des sensibilités* sobre mi recorrido de la sociología al psicoanálisis de la locura, pensé de inmediato en la insensibilidad presente en las zonas donde el tiempo se detiene. Me di cuenta de que este transcurso lleva las marcas de múltiples encuentros en la encrucijada de diferentes disciplinas, y con aquellos cuyas vivencias traumáticas sirvieron de testimonio para una investigación real sobre los silencios de la historia. Intentaré describir aquí las etapas que hicieron que mi investigación se ramificara de modos que no esperaba.

A finales de 1968, Alain Touraine me contrató para un puesto de supervisora (*chef de travaux*) en la *École Pratique des Hautes Etudes*¹ —donde el adjetivo “práctico” no carecía de importancia. Yo lo ayudaría en su Laboratorio de Sociología Industrial (pronto a llamarse Centro de Estudios de Movimientos Sociales) que entonces estaba ubicado en el número 10 de la rue Monsieur-le-Prince, en la que fue casa de Auguste Comte.

Mucho tiempo después, mientras hablaba de Don Quijote en nuestro seminario “Locura y lazo social” (*Folie et lien social*), descubrí el artículo de Paul Arbousse-Bastide (1972), *Auguste Comte et la folie* (Auguste Comte y la locura), donde se aborda el episodio cerebral de Auguste Comte ocurrido en la primavera de 1826, seguido de su internamiento y su posterior huida de la clínica de Esquirol. Esta experiencia hizo reflexionar al inventor de la palabra sociología sobre el “positivismo subjetivo” de la locura. Según él, la locura es un exceso de subjetividad, que modifica la sensibilidad durante las conmociones históricas y las epidemias. Paul Arbousse-Bastide afirma: “La locura se identifica, por tanto, con el curso de la historia”, y cita como apoyo una frase del sistema

de política positiva: “La admirable composición de Cervantes caracteriza profundamente la forma en que nuestras emociones modifican nuestras sensaciones, y desemboca en una verdadera teoría de la locura antes de la que plantease cualquier biólogo”. (Comte, 1851/2018: 712).

A finales de 1968, yo todavía no entendía eso. Formada en Letras Clásicas, investigaba para Touraine la apología de los *Herederos* de Bourdieu y Passeron, sin revelar que había descubierto a Freud desde el verano anterior.

Una investigación desde todos los ángulos (*tous azimuths*)

Mi primera tarea práctica en el laboratorio de Touraine fue la de clasificar sus archivos, entre los que había artículos que, yo ignoraba, eran de psicoanalistas. Es decir, la amplitud de mi desconocimiento fue la que produjo un cortocircuito entre la sociología y el psicoanálisis.

Me di cuenta de eso durante una investigación sobre las políticas de jubilación realizada por Anne-Marie Guillemard (1972). Debía ir a Bretaña a recoger los cuestionarios enviados a los jubilados. Durante ese trabajo de campo, me encontré con una muestra de personas, cuatro de las cuales recuerdo porque no encajaban en las casillas provistas por la encuesta. Su “positividad subjetiva” me hizo perder la objetividad requerida hasta el punto de hacerme dudar de mi idoneidad para la profesión de socióloga. Todos mostraron indiferencia a las preguntas que les hice, y su silencio me planteaba otras (¿historia de la sensibilidad del investigador o de su campo?). La palabra “trauma” aún no estaba de moda, ni tampoco las historias de vida, al menos en lo que yo sabía. Entonces, entregué los cuestionarios sin atreverme a compartir mis impresiones.

El primer caso fue el de un antiguo cocinero de la marina. Me recibió en la única habitación, donde su

¹ En 1975, Fernand Braudel se separa de la VI sección —la actual EHESS.

esposa yacía postrada en su cama, y me ofreció una taza de chocolate caliente —bienvenida en ese noviembre— mientras me contaba sus aventuras marítimas como si hubiesen ocurrido ayer. El segundo fue el de un maestro de escuela retirado que me habló de sus alumnos como si aún les enseñara, mientras yo me preguntaba si la investigación podría ayudarlo económicamente en el armario donde terminó viviendo. Un camionero de andar pesado, igualmente solitario, me expuso, siempre en presente, los trastornos neurológicos que lo habían obligado a dejar su trabajo.

Una cuarta situación desdibujó aún más mis referencias temporales. Entré a una cocina donde fui recibida por las miradas de sospecha de una mujer en camión, su hija y un hombre de aspecto amenazante. Una cacerola al fuego olía a carne podrida. Después de intentar en vano establecer contacto, salí pensando en la palabra *locura*. En ese momento, sólo la había conocido en la literatura, especialmente durante el diploma anterior a la Agregación de Letras clásicas que había escrito sobre *La tentación de San Antonio de Flaubert*, donde el anacoreta alucina el conflicto de religiones a finales del siglo III en el desierto de Tebas, en Egipto.

En 1969, Touraine, que iba a partir hacia California, me dejó dirigir su laboratorio y prepararlo para su traslado a la *Maison des sciences de l'Homme*. Recientemente construida en el lugar de la Cherche-Midi —otrora prisión del capitán Dreyfus—, la *Maison des sciences de l'Homme* se encontraba frente al *Hôtel Lutétia*, sede de la *Abwehr* durante la Segunda Guerra Mundial y luego centro de recepción de deportados durante la Liberación. No sabía entonces que mi padre había ido allí a buscar a su hermano traído de vuelta de Mauthausen (una historia que permaneció en el limbo durante largo tiempo).

Las sensibilidades de la época ofrecían un sistema de representaciones que oponía lo individual a lo colectivo, y la ideología dominante al discurso de los

dominados; por ello, me sumergí en la lectura del freudomarxismo con la esperanza de llenar el vacío entre las disciplinas en las que me embarcaba. Encontrar un analista no era una tarea fácil porque la desconfianza en la subjetividad era la regla en la sociología. Al enterarme de que Marie Moscovici también era psicoanalista, le pedí consejo, y aún le agradezco que me haya invitado a presentaciones en las tres instituciones psicoanalíticas de la época, entre las cuales estaba el seminario de Lacan.

Fue en la Sala Dussane, esa con vistas a la *rue d'Ulm*, donde descubrí al psicoanalista [Lacan] y me intrigó lo que decía. Ese año su seminario titulado “El reverso del psicoanálisis” (1970) presentó cuatro discursos que definió como “lazos sociales”. Para entender de lo que se trataba, me hice de los seminarios anteriores (que entonces circulaban clandestinos) y realicé un análisis con un lacaniano.

A su regreso de Estados Unidos, Touraine me entregó el tema de mi investigación: “La sociología del cuerpo”; el título hizo reír a mis compañeros y me dejó perpleja. Yo nunca había puesto un pie en los Estados Unidos y no estaba consciente en absoluto de la existencia del Instituto Esalen en California, donde se exploraban las conexiones entre el cuerpo y el espíritu. Dos años después, recibí la planeación familiar como un mapa para explorar este nuevo campo.

Mientras tanto, asistí asiduamente a seminarios de Touraine y supervisé a estudiantes de doctorado de varios países. Algunos que huían de las dictaduras de América Latina encontraron refugio en nuestro centro. Más tarde descubrí el alcance de la tortura durante el *Processo*, cuando me invitaron a hablar sobre los callejones sin salida del psicoanálisis frente a los traumatismos psíquicos. Hoy me doy cuenta de que los contactos con estos investigadores exiliados influyeron a mi decisión de elegir un campo propio: los movimientos antipsiquiátricos activos en Inglaterra e Italia, que luchaban contra el confinamiento en el asilo.

Influencia de la antipsiquiatría

La oportunidad surgió en el Congreso Mundial de Sociología celebrado en Varna, Bulgaria, en septiembre de 1970, donde acompañé a los miembros del laboratorio. Al escuchar a Thomas Scheff, un sociólogo de la Universidad de California (1967), sobre la antipsiquiatría inglesa, algo encajó. Su acercamiento a la locura fuera de las nomenclaturas psiquiátricas conectaba con las voces de los actores sociales (como se les llama en sociología) que había dejado en suspenso durante mi investigación en Bretaña. Ese sociólogo me invitó a Londres, y comencé a darme cita los fines de semana, durante varios meses, con los antipsiquiatras ingleses.

Ese fue mi primer contacto oficial con la locura. Inmediatamente me atrajo la forma en que hablaban con los pacientes que atendían en espacios no medicalizados. En 1971, el fundador de este enfoque, Ronald Laing, se encontraba en la India y Kingsley Hall, su centro de asilo en Londres, estaba a punto de cerrar. Otro antipsiquiatra, Morton Schatzman, me ofreció hospitalidad y me invitó a sus reuniones.

Reinaba una intensa actividad investigadora sobre las relaciones sociales en torno a la locura, transmitida por jóvenes psiquiatras refractarios a la guerra de Vietnam —*dropouts* (desertores), como se les llamaba. Nos hacían oír las grabaciones de Gregory Bateson y la Escuela de Palo Alto sobre la comunicación en los esquizofrénicos, donde se revelaban los mandatos paradójicos en los que estaban atrapados estos últimos. En 1971, la película *Family Life* de Ken Loach, inspirada en el libro de Ronald Laing y Aaron Esterson, *Sanity, Madness and the Family* (1964), ilustró el famoso doble vínculo. También participé en las terapias californianas o reichianas, bastante folclóricas, que pronto invadirían París. Pero había una trampa: el uso de drogas defendido por la contracultura; yo estaba lista para probar cualquier cosa excepto esa liberación.

La antipsiquiatría italiana, *Psichiatria Democratica*, de Franco Basaglia (1968) fue un movimiento político más acorde con mi interés en la sociología, pero Touraine puso fin a mis escapadas. Fue entonces cuando me presentó a André Lwoff, premio Nobel de fisiología y presidente del Movimiento para la Planificación Familiar. La investigación de campo de este movimiento, en el momento de las luchas por la libertad de anticoncepción, aborto y sexualidad, se llevó a cabo con Jean-Max Gaudillière, quien acababa unirse al laboratorio. Nuestra investigación resultó en un informe de 200 páginas titulado *Politique de l'amour* (Política del amor), sobre el cambio en las sensibilidades y las interacciones de los sociólogos y quienes trabajan en su campo. Al releer este informe hoy, me parece marcado por un autodesprecio feroz, en reacción a los discursos de los expertos que buscaban orquestar la sexualidad de los franceses.

Le anunciamos directamente a Touraine que, después de mostrar una buena voluntad sociológica, habíamos elegido nuestro próximo campo de estudio en el contacto con la locura. Aunque sorprendido, no rechazó nuestra determinación, y sostuvo que abriría una exploración de las relaciones sociales diferenciada de las categorías de la sociología clásica y el psicoanálisis, como había aprendido de las interacciones entre los antipsiquiatras ingleses y sus pacientes delirantes. Le estoy agradecida por darme tanta libertad.

Locura y ciencias sociales

Harry Stack Sullivan fue un analista que trataba esquizofrénicos en el Hospital Sheppard Pratt de Baltimore en la década de 1920, mientras mantenía estrechas conexiones con sociólogos, antropólogos y lingüistas como Edward Sapir. Nosotros reivindicamos este enfoque interdisciplinario después de experimentar una verdadera coinvestigación con nuevos colegas más tarde en el hospital psiquiátrico de *Prémontré*. Estos *pensionnaires* (residentes), como se les llamaba

entonces, eran los investigadores principales (IP) en lo que Sullivan llamaba el *Twosome Laboratory*, un laboratorio de dos personas donde aparecían “de manera simplificada” procesos cubiertos por la negación en la vida normal, con la condición de que el coinvestigador renunciase a los principios de objetividad y neutralidad (Sullivan, 1998: 238 y 242).

Por otra parte, el psicoanalista inglés Wilfred Bion se exilió en los Estados Unidos en 1966, después de los 70 años, “para escapar de la acogedora comodidad de Inglaterra” y escribir “su” guerra de 1914, en la que luchó a la edad de 18 años (1991). Nombrado capitán, estuvo al mando de una sección de tanques durante las batallas de Cambrai y Amiens, donde perdió a la mayoría de los tripulantes. Es en este contexto de profunda interrelación con sus hombres que esbozó los elementos de su futura práctica analítica con la locura de los traumas. Ésta consiste en provocar el surgimiento de eventos registrados por “pensamientos sin pensador,² en busca de un sujeto que los piense”, lo cual ocurre a través de las interferencias propias de la transferencia con locura y los traumas.

Una interferencia similar me ocurrió durante el encuentro con las cuatro personas de la investigación en Bretaña antes referida, sin saber lo que había sucedido de mi lado. El interés de mi investigación se centraría en lo sucesivo en la relación entre el sociólogo y los actores marginados de todos los lazos sociales, incluidos los movimientos que trabajaban por su liberación. Por lo tanto, era importante buscarlos donde se encontraban con frecuencia: en los hospitales psiquiátricos públicos. Pero, de nuevo, ¿cómo entrar ahí?

Después de interrumpir mis viajes a Londres, senté algunas bases. Fui a buscar a Lacan, quien me había recibido muy amablemente, interesándose por mi investigación en el laboratorio de Touraine. Me convocó varias veces sin pagarle nada, y terminó dándome la dirección de dos de sus discípulos que seguían además

la antipsiquiatría. Maud Mannoni me aceptó como aprendiz en su institución en Bonneuil-sur-Marne; iba a verlo un día a la semana, hasta que me negué rotundamente a escribir el capítulo sociológico de su libro *Éducation impossible* (Educación imposible), pues no me sentía a la altura de sus expectativas. También conocí a Félix Guattari en la clínica Laborde, pero preferí no quedarme con él. Mientras tanto, seguía buscando un acceso a la locura.

Pasé un mes durante las vacaciones de verano con Guy Baillon, un psiquiatra de Ville-Évrard del servicio de Hélène Chaigneau. Ahí, un paciente completamente desnudo y mudo me tomó de la mano para hacerme los honores de su manicomio y entonces supe que mi próximo campo de trabajo sería un lugar similar. Después, Jean Clavreul, un analista de *l'École Freudienne*, me llevó a Bretaña para presentarme al neurólogo Oliver Sabouraud. Éste me acogió un tiempo en su servicio del hospital *Pontchaillou* de Rennes para hablar con pacientes cuyos trastornos no estaban relacionados con la neurología.

Durante mis viajes a Rennes, tuve la impresión de descubrir los efectos de la *talking cure* en las lesiones psíquicas mayores expresadas físicamente en los habitantes de las aldeas cercanas. La expresión había sido formulada por Josef Breuer cuando inventó, con Freud, el psicoanálisis de los traumas (Freud & Breuer, 1895/1967). Sin embargo, en una carta a Wilhelm Fliess de septiembre de 1897, Freud renunció a esta última aproximación a la que llamó “*mi Neurótica*”, mientras Breuer continuó trabajando en la disociación de los traumas, en particular los referentes al abuso sexual. En esta carta, Freud juzga inverosímil el número de estos abusos y pone en duda su frecuencia. Los asocia entonces a fantasías, para “no incriminar a los padres, incluido el mío”. (Freud, 2006. Cartas del 8 de febrero y 21 de septiembre de 1897). Freud estaba equivocado en este punto.

² *Thoughts without a thinker*, en Bion, 1997: 27.

De este breve regreso a Bretaña, me quedo con un barco de conchitas que me entregó una mujer que podría haber sido una de las pacientes vienesas de Freud. Por otro lado, el libro publicado por Bessel van der Kolk (2018), *Le Corps n'oublie rien* (El cuerpo no olvida nada), me enseñó que las heridas psicológicas de aquellos pacientes británicos sí habían tenido consecuencias neurológicas: una desconexión neuronal ante un peligro extremo, entre el cerebro animal que nos mantiene vivos y los sitios prefrontales responsables del lenguaje y el tiempo. De ahí deriva la extraña temporalidad que presentaban mis interlocutores bretones de mi primer viaje.

*Think out of the box.*³ La propuesta que se le hizo a Touraine de ir a investigar a un hospital psiquiátrico tenía como objetivo sacar la sociología y el psicoanálisis de sus ámbitos respectivos para encontrar un punto de unión entre ellos. A finales de 1973 contactamos al psiquiatra Edmond Sanquer, quien nos acogió durante más de veinte años en tres hospitales sucesivos: Prémontré, Plaisir y Villejuif. Hijo de un capitán de la marina, dirigía su servicio como un barco, cada uno en su puesto, sin abrumarnos con la supervisión; debo señalar que los suicidios eran escasos. Jean-Max Gaudillière y yo fuimos a buscarlo durante un congreso de la Escuela Freudiana presentándonos como sociólogos interesados en la relación entre la locura y el vínculo social, pero sin haber estudiado ni la psiquiatría ni la psicología, sino las letras clásicas. Entonces nos citó frente a su casa al día siguiente a las cinco de la mañana para llevarnos al hospital Prémontré dans l'Aisne, situado en el corazón del bosque de Saint-Gobain, en las edificaciones de una abadía del siglo XVIII.

Hospital de Prémontré dans l'Aisne

En *Madre loca* (Davoine, 1998) conté cómo Sanquer detuvo su automóvil ante el letrero de una barrera que

decía “callejón sin salida”, señaló el lugar de su servicio y nos precedió. Al tocar el timbre, la supervisora nos saludó y dijo: “¿Son los sociólogos? Síganme”. Nos proporcionó unas batas blancas sin preguntarnos qué íbamos a hacer y nos instó a participar en las labores de enfermería. Éste fue el comienzo de nuestros viajes matutinos en el Volvo del Cirujano General quien, en el camino, nos enseñó los elementos básicos de la psiquiatría.

Poco a poco fuimos tomando contacto con los internos: afeitábamos a los mayores, discutíamos con las ancianas atadas a sus sillones, repartíamos los medicamentos con una enfermera que no se hacía ilusiones (“los tiran al inodoro”), íbamos y veníamos entre dos pabellones, uno de los cuales estaba reservado para los “crónicos” y donde la noción de tiempo se perdía aún más. En ese pabellón había una sala llamada “La plaza” y estaba ocupada por hombres de pie apoyados contra las paredes; un día entré a ella atraída por un murmullo. Después de un rato, escuché, “Ella viene de París”, seguido de la pregunta, “¿Qué es un sociólogo?” Traté de responder: “Alguien que estudia las relaciones sociales”. “¡Ah! ¡Usted es célibe!” exclamó un tercero sin mirarme.

Este comentario me impactó mucho. ¿Éramos “máquinas célibes” como las de Marcel Duchamp que operaban con objetividad y neutralidad? A veces, los analistas entraban en la sala para hablar de Foucault, el Anti Edipo o Lacan. “Los sociólogos hablan con los pacientes” —nos dijeron las enfermeras— “y los analistas nos dan conferencias”. Pero el comentario del hombre de espaldas a la pared sugería que no bastaba con hablar. ¿A qué celibato se refería?

Eso iba a tomar forma en esta tierra devastada por las guerras sucesivas. Ubicado a ambos lados de la carretera que conduce al hospital, el pueblo de Prémontré albergó dinastías de enfermeras que nos relataron la historia del lugar durante las comidas

³ Pensar fuera de la caja (en inglés en el original); se refiere a pensar sin acatar las restricciones convencionales [NT].

—recuerdo haber comido tejones cazados furtivamente en el bosque vecino de Saint-Gobain. En la Edad Media, el bosque era “el espacio salvaje de las maravillas” donde, según el historiador Jean-Marie Fritz (1992) la locura tenía su lugar, fuera del tiempo.

Otro espacio salvaje se abrió poco a poco durante las visitas a las que nos llevó la trabajadora social. Ella conocía a las familias de las aldeas vecinas, las cuales, desde hacía varias generaciones, llevaban las cicatrices bélicas de la región. El hospital, ocupado en 1914, había sido evacuado en condiciones terribles. Muchos pacientes murieron a causa de epidemias o desnutrición, presagiando la muerte de las decenas de miles de locos que, en la siguiente guerra, morirían de hambre (Buelzingsloewen, 2007). Era el momento de salir del celibato sociológico, o incluso analítico, diagnosticado por los hombres de La plaza.

La oportunidad surgió durante un sueño que tuve después de una entrevista en el gran salón con el Sr. H. Este episodio estableció la convergencia entre la sociología y el psicoanálisis, aunque, de hecho, se trata más bien del regreso de la Historia a las dos disciplinas. El Sr. H. me habló de su granja durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando ocurrió la Liberación, vendió sus caballos para comprar un tractor que un día hizo funcionar sin descanso, en su patio, “pedorreándose” como hacía cuando sus caballos tenían gases. Los vecinos se inquietaron y la psiquiatría entró en su vida. El Sr. H. escapó milagrosamente de la lobotomía en el hospital de Sainte Anne, donde se ocupaban a carretadas de los cerebros, pero sí sufrió los electrochoques.

Mientras narraba, el Sr. H. fumaba una pipa idéntica a la de mi abuelo. La noche siguiente, este último se me apareció mientras dormía, pipa en mano. Había sido camillero en todos los frentes de la Primera Guerra Mundial porque, decía, “yo estaba en la música”. Nunca hablaba de ello, pero me silbaba melodías con el virtuosismo de los hombres de aquella

época. Un día desapareció en una clínica lejana y sólo volvió para morir en su casa cuando yo tenía diez años. Al ver a mi abuelo, supe qué alianza estaba yo buscando al final del camino en el callejón sin salida.

Para llegar al hospital, diariamente cruzábamos por los cementerios con cruces blancas de los campos de batalla. Los veíamos sin verlos, como el paisaje banal que describieron los historiadores de la Gran Guerra. La sociología me enseñó a desconfiar de “mi subjetividad” y el psicoanálisis centrado en el tema del deseo me hizo ignorar el elemento de mi abuelo. Sin embargo, a partir de ese sueño, entendí verdaderamente la devastación que provocaron las guerras en esos territorios.

En los seminarios que dediqué a la novela de Laurence Sterne (2012), revisé las batallas del “Tío Toby” de Tristram Shandy (de 2008 a 2011) (Davoine, 2017) en la *École d’Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS). Herido en la ingle durante el asedio de Namur en 1695, ocurrido en la confluencia de los ríos Sambre y Mosa —“el regimiento de Sambre y Meuse”, me susurró mi abuelo—, el capitán Shandy, acompañado de su segundo, el cabo Trim, revive eternamente sus batallas, esas que fueron también las de Roger Sterne, padre del autor.

“Transmisión intergeneracional de los traumas”, dirán hoy los analistas; “cambio del sistema de representaciones”, sentenciarán quizás los historiadores de las sensibilidades. Me pregunto si no más bien escritores como Sterne despiertan la recurrencia de la insensibilidad a las mal llamadas “tonterías de veteranos” (Saint-Fuscien, 2014); inspirándose en Cervantes, el novelista irlandés reinventa la psicoterapia del trauma, tan antigua como la guerra.

El delirio del Señor H. detuvo el tiempo en la época de los caballos de tiro. Solitario en su finca, ya no era un individuo opuesto a la colectividad, sino que encarnaba el hecho suspendido que mostraba desde

antes de su internamiento. Tampoco era objeto de un deseo reprimido: era el testigo mudo de una época recortada, una donde el antes y el después carecían de sentido.

Por mi parte, una imagen se había adherido a mi retina: la de mi veterano con las manos aferradas a los barrotes al irse. Otra estampa de la siguiente guerra cayó sobre mí, pues me había acostumbrado a colocarme frente al radiador en el gran salón del hospital, junto a *Fleur Bleue* —traducción francesa de su nombre en flamenco—, una paciente mutilada e inmóvil. Embarazada de mi primer hijo, vi en ella el rostro rígido de mi madre después de mi nacimiento en 1943 en una zona de combate en Saboya. Los alemanes habían encarcelado a mi madre en las prisiones de Chalon-sur-Saône, Autun y Compiègne cuando estaba embarazada de mí y nunca hablaba de ello. Como antes indicaba, yo me colocaba de pie junto a Fleur Bleue y le decía lo que pasaba por mi cabeza.

El siguiente episodio de nuestro tiempo en Prémontré tiene su lugar en una historia de sensibilidades consideradas inaccesibles: cuando me prohibieron viajar en coche a causa del embarazo, Jean-Max acudía en mi lugar al hospital y, un día, Fleur Bleue le dijo repentinamente: “Escuché un gran Sí, y ahora sé que puedo hablar con usted”. Acto seguido, detalló una escena que revivía desde sus 8 años: su padre había partido a la guerra y su madre, encargada de una esclusa de un canal del norte, se ausentaba a veces por la tarde. Un día la siguió y la vio en comercio sexual con un soldado alemán dentro de las fortificaciones del pueblo cercano. A su regreso, la niña se arrojó al canal y el barquero del *Quand j’y pense*⁴, la barcaza amarrada a la orilla, la salvó de ahogarse. Los prisioneros de la objetividad sociológica comenzaban a liberarse, pero aún permanecían cautivos de la neutralidad psicoanalítica. “¡Eso no es psicoanálisis!”; tal veredicto acaeció durante una

reunión de la Escuela Freudiana donde expuse la interferencia entre mi historia y la de Fleur Bleue. Luego vino la exclamación: “¡Cómo es eso de que estos jóvenes analistas van a hacerse analizar en el manicomio!”. Esa no era la opinión de Gisela Pankow, una psicoanalista nacida en Alemania que emigró a París en 1950 y cuya familia se opuso al nazismo. Cuando la visité después de leer su libro *El hombre y su psicosis* (Pankow, 1967), le conté mi historia con Fleur Bleue. Ella respondió: “Por supuesto, primero tenemos que buscar la catástrofe”. Más tarde supe de su intención de emigrar a los Estados Unidos porque conocía a Frieda Fromm Reichmann.⁵ Esta última fundó el psicoanálisis de las psicosis en Chestnut Lodge, una clínica cercana a Washington donde, huyendo del nazismo, había conseguido un puesto de verano en el año de 1935.

Frieda era una joven psiquiatra durante la guerra de 1914 y dirigió extraoficialmente (dado que era mujer) un servicio para soldados con heridas en la cabeza en el hospital de Königsberg, en Prusia Oriental. Su maestro en neurología fue Kurt Goldstein, quien estaba interesado en los recursos inventivos desplegados por esas personas más allá de sus meros déficits. Después de la guerra, Frieda se inspiró en aquello para dedicarse al psicoanálisis de la esquizofrenia, lo que le parecía más fácil.

En Chestnut Lodge surgió un psicoanálisis alternativo bajo la influencia de Fromm Reichmann y su amigo Harry Stack Sullivan, quien impartía seminarios cotidianamente allí. Su objetivo era crear un vínculo en los casos más desesperados, cuando la perversión política o doméstica ha destruido toda alteridad. Fue hasta que tuve contacto con Gisela Pankow que oí hablar de él.

⁴ El nombre de la barcaza en castellano es: “Cuando pienso en ello” [NT].

⁵ La historia de Frieda Fromm Reichmann ha sido objeto de una biografía: Hornstein, 2000.

Go West

La historia de las sensibilidades estaba a punto de cambiar, cada vez se prestaba más atención al “caso particular”. Los historiadores italianos Carlo Ginzburg y Giovanni Lévy inventaron la *micro storia*, una expresión, escribe Jacques Revel (1996: 11), utilizada en francés por Raymond Queneau en *Les Fleurs bleues*.⁶ Aquí nuevamente tardamos en referirnos a él; durante ese periodo, la práctica que exponíamos fue considerada anecdótica en lo que respecta a las teorías sociológicas y psicoanalíticas.

En aquél entonces acompañábamos al director médico Sanquer a sus otros servicios psiquiátricos un día a la semana: al hospital por la mañana y, por la tarde, al dispensario donde recibíamos a los pacientes después de su alta. Poco a poco fue tomando forma una “coinvestigación” sensible a los momentos críticos en los que surgía una interferencia con los fragmentos inexplorados de nuestra historia. Sin duda se trataba de “la positividad subjetiva” de la que habla Auguste Comte, porque entonces surgió entre nosotros el tema de un relato que afirmaba la positividad de hechos golpeados por la negación. Advenía una reflexión en sentido propio ahí donde los espejos habían estallado sobre hechos que, a falta de palabras, nos eran mostrados y remontaban, a veces, varias generaciones. El pasado comenzaba entonces a existir, en vez de sólo inquietar al presente, y el futuro podía ser imaginado.

Las fases de este trabajo fueron turbulentas y mi disposición a compartir los recuerdos marcados por la guerra que me surgían de manera intempestiva crecía paulatinamente, en particular cuando el paciente decidía interrumpir las sesiones de repente. Había una joven que vivía sin tratamiento y con la cual trabajé durante varios años; un día, después de mostrar en su delirio las perversiones de las que había sido objeto, de

la nada me dijo: “¿Por qué casualidad la volví a encontrar? Recuerde, cuando nos vimos por vez primera en el hospital, usted me dijo: ‘su delirio es una investigación’. Lo que me ha sido útil no son sus teorías sino las pequeñas historias extraídas de sus lecturas y las que tienen que ver con usted misma”.

Es cierto, yo narraba a las personas que venían a verme pasajes de los autores que, con Jean-Max Gaudillière, discutíamos año tras año en nuestro seminario “*Folie et lien social*”⁷. Tal seminario lo iniciamos primero con los sociólogos del Centro de Estudios de los Movimientos Sociales —como Daniel Vidal (1997 y 2021) interesado en los profetas de Cevennes, o Bernard Mottez, quien se centraba en la batalla de los sordos por el lenguaje de señas (2006). Más allá de eso, nuestras dos disciplinas apenas se llevaban bien, por lo que nos parecía urgente respirar un poco de aire fresco.

En 1978, asistimos por invitación del analista y lingüista François Peraldi a un congreso sobre lingüística aplicada realizado en Montreal; allí discutimos el libro *Le schizo et les langues*, de Louis Wolfson (1970). El autor nos puso en contacto con una clínica en Massachusetts dedicada al psicoanálisis de la psicosis: el Austen Riggs Center. A fines de 1979, aterricé por primera vez en los Estados Unidos, donde Jean-Max ya había pasado un año como asistente en el Departamento de Literatura de Yale. Fue allí donde escuchamos los nombres de Frieda Fromm Reichmann y Harry Stack Sullivan, quienes encajan bien con las ciencias sociales.

Volvimos a Riggs varios veranos seguidos, y luego a Dakota del Sur con los sioux, un nombre impuesto a los indios Lakota por los comerciantes franceses de pieles en el siglo XVII. Un visitante de la clínica, Jerry Mohatt, quien vivía en la reserva Rosebud, nos instigó a participar en las ceremonias de curación

⁶ Publicada por Gallimard en 1965. Hay traducción al castellano: Queneau, R. (2007). *Las flores azules*, Madrid: Seix Barral [NT].

⁷ “Locura y lazo social”, Seminario impartido por Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière en l'EHESS de Paris [NT].

de su pueblo después de escuchar las historias que referimos sobre nuestra práctica en torno a la génesis del lazo social.

Sin conocer la antropología de los indios de las llanuras, hablamos con los *medicine men*,⁸ entre los que se encontraban Joe Eagle Elk y su asistente Stanley Red Bird. Para agradecerles, los exhortamos en 1985 a la *École des Hautes Études* y a la *Maison de la culture* de Reims, donde continuaron nuestros intercambios de historias clínicas, como lo demuestra el epílogo del libro *The Price of a Gift* (2000)⁹. Jerry Mohatt tenía razón sobre el vínculo social: la fórmula ritual que se cantaba en las ceremonias *All my relatives*¹⁰ (Todos a los que estoy ligado) insistía en la relación con los espíritus de los antepasados y los seres que habitaban las tierras de las cuales habían sido amputados, más allá de las estructuras de parentesco.

Nunca se nos ocurrió escribir una antropología de esos indios de las llanuras, incluso teñida de psicoanálisis, porque considerábamos a los curanderos sioux como colegas de pleno derecho (Davoine, 1991).

¿Creen Ustedes en el psicoanálisis?

Los analistas del Austen Riggs Center perseguían un objetivo similar. El entonces director médico, Martin Cooperman y su predecesor en el cargo, Otto Will, trabajaron con los pacientes más hostiles, los que se negaban a todo contacto. El reciente artículo de James Gorney (2021), analista del Riggs, da testimonio de ello. "¿Creen Ustedes en el psicoanálisis?", nos inquirió una vez Otto Will. La pregunta era su manera de entablar un diálogo donde era imposible. Nosotros ya no seguíamos el dogma según el cual la psicosis era inaccesible a la transferencia, ni creíamos que su estructura estuviese provocada por el repudio del nombre del padre, como decía Lacan¹¹ (1966: 577). Pero sus formas de trabajar nos confundieron. Cada

uno, con su propio estilo, centraba su atención en lo que ocurría entre ellos y sus pacientes, en el *hic et nunc* de las sesiones.

Ambos se habían formado en Chestnut Lodge, ahí donde la llamada terapia psicodinámica mostraba una interacción a pesar de su total negación. Eran también *veterans*¹² de la Batalla de Guadalcanal. Otto Will fue paciente de Harry Stack Sullivan y, tras la muerte de este en París en 1947, de Frieda Fromm Reichmann. "Cuando no hay transferencia, todo es transferencia" dijo ella (Reichmann, 1999). Prueba de ello es el *best seller* de su paciente Joan Greenberg publicado en 1964, siete años después del fallecimiento de Frieda. En este libro, titulado *I Never Promised you a Rose Garden* (1982)¹³, Greenberg describe su análisis con el "Dr. Fried" (alias de Frieda) durante su hospitalización en Chestnut Lodge cuando era una adolescente.

Desde el comienzo del tratamiento, Frieda advirtió en la locura de la joven el antisemitismo del que ella misma había sido blanco, y le confió las razones políticas de su propio exilio. La niña era el depositario de una memoria que no le pertenecía, la de sus abuelos que habían emigrado mucho antes de Letonia a los Estados Unidos. Ese recuerdo trataba de expresarse en el presente de su delirio, mientras ella se aferraba a los dolores de una operación temprana y del desprecio antisemita de sus compañeros.

Esta remembranza apartada del habla y de los hitos espacio-temporales forma parte de una zona de desastre donde la alteridad desaparece y, por tanto, también el sujeto de un posible relato. El individuo colapsa bajo la invasión de las impresiones sensoriales que sobreviven al desastre. Etiquetadas como psicóticas, ellas persisten a la espera de "un testigo de eventos sin testigo" (Laub, 2015: 83-94.), escribe Dori Laub, psicoanalista de Yale, a partir de los testimonios

8 Chamanes, curanderos [NT].

9 *El precio de un regalo* [NT]. Cfr. Mohatt, 2000, epílogo, pp. 159-193.

10 Todos mis parientes [NT].

11 *Forclusion du nom du père* [NT].

12 *Veteranos* (en inglés en el original) [NT].

13 *Nunca te prometí un jardín de rosas*. Existe versión castellana (Barral, 1964).

del Holocausto que se encuentran en la videoteca Fortunoff.¹⁴ Él nos llamó después de leer nuestro libro *Historia y Trauma. La locura de las guerras* (Davoine & Gaudillère, 2004), el cual apareció primero en los Estados Unidos. Aquello fue el inicio de una amistad que duró hasta su muerte en 2018. El título captó su atención porque se ocupaba precisamente de la historia de las regiones de donde provenían sus pacientes.

Un video filmado en un hospital psiquiátrico israelí muestra el rostro de un enfermo crónico que mastica con sus encías desnudas sin prestar atención a la voz que le habla desde fuera de cuadro. De pronto, mientras Laub, su interlocutor, le recuerda los eventos que sucedieron en su aldea ucraniana cuando llegaron los nazis, su rostro se ilumina, se vuelve guapo, le devuelve la mirada y le responde punto por punto.

“La locura de las guerras” fue el título del seminario que, en 1996-1997, dio origen a ese libro. De la sociología pasamos lentamente a la historia, sin ser historiadores. Durante el seminario de 1992-1993, ya me había imaginado un encuentro entre los pacientes del hospital y los locos de las *Sotties* del siglo XV, entrenados por *Mère folle* (Madre loca) para juzgar los abusos de su época después de la Gran Plaga y la Guerra de los Cien Años (Davoine, 1998). Pero la guerra rara vez figuraba en el programa del psicoanálisis. En 1946, Lacan pronunció sus “Observaciones sobre la causalidad psíquica” (Lacan, 1966), donde teoriza la locura sin mencionar la que acababa de terminar, salvo en un breve párrafo en el que justificaba el abandono de su práctica durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Diez años después, eludía la cuestión de la transferencia en la psicosis “para no superar a Freud cuando el psicoanálisis regresara a la etapa anterior” (Lacan, 1966). Sin embargo, varios años antes el antropólogo

y neurólogo William Rivers había franqueado el paso, modificando la técnica freudiana con el fin de acceder a los traumas disociados de los oficiales ingleses de la Primera Guerra Mundial, como también habían hecho Ferenczi en el hospital militar de Budapest y Frieda Fromm Reichmann en el de Königsberg. Esta última no interrumpió su práctica durante la Segunda Guerra Mundial, tampoco lo hicieron William Fairbairn y Wilfred Bion en Inglaterra, Françoise Dolto en Francia ni Harry Stack Sullivan en los Estados Unidos.

De la sociología a la historia

En Austen Riggs, descubrimos una antigua tradición de psicoterapia analítica relacionada con la guerra y la inmigración. Uno de nuestros primeros seminarios, de 1986 a 1987, fue sobre Harry Stack Sullivan, a cuya biógrafa conocimos: Helen Swick Perry (1982). Ella había editado, entre otros, los libros, *Schizophrenia, A Human Process* (La esquizofrenia, un proceso humano) (1964) y *The Fusion of Psychiatry and Social Sciences* (La fusión de la psiquiatría y las ciencias sociales) (1974) basándose en las grabaciones de los seminarios, conferencias y simposios interdisciplinarios de Sullivan mencionados anteriormente.

Nieto de inmigrantes irlandeses y criado en una granja, Sullivan fue internado en un hospital psiquiátrico de Nueva York en 1909 a la edad de 17 años, luego de que la policía lo capturara junto con una banda de delincuentes. Diagnosticado como esquizofrénico, confió más tarde a su biógrafa que si se hubiera beneficiado de los entonces populares tratamientos químicos y eléctricos, habría terminado su vida como un vegetal. Su suerte fue conocer en el hospital a uno de los primeros analistas, Abraham Brill, quien había emigrado de Galicia a los Estados Unidos solo y sin un céntimo hacía 15 años. Convertido en médico, Sullivan trabajó en la acería de Chicago,

¹⁴Cfr. <https://fortunoff.library.yale.edu/> [NT].

donde conoció a los sociólogos de la Escuela de Chicago. Durante la guerra se desempeñó como enlace en el Hospital Militar St. Elizabeth en Washington, luego como psiquiatra en el Hospital Sheppard Pratt en Baltimore, donde su enfoque analítico cambió el rumbo fatal de la esquizofrenia.

En el curso del seminario acerca del trabajo de Sullivan, un participante nos aconsejó la lectura de Wittgenstein, el cual, le parecía, concordaba con su contemporáneo.¹⁵ Le agradecemos aquí porque algunos de los textos del filósofo (Wittgenstein, 1961, 1982 y 1989) resonaron tanto en mi práctica clínica que escribí un libro de diálogos en el que interviene en medio de mis entrevistas (Davoine, 1992). Más tarde supe que él mismo había perdido la cordura, como yo lo imaginaba en mi libro. En 1938, la *Anschluss*¹⁶ le afectó tanto que se refugió en la casa de su antiguo discípulo, Maurice O'Drury, un médico de Dublín. Le pidió que lo llevara al hospital psiquiátrico para poder hablar ahí con los pacientes que no recibían visita alguna (O'Drury, 2002: 150-151).

Wittgenstein también pasó por eso durante la Primera Guerra Mundial. Después de luchar en el ejército austríaco y estar prisionero durante un año en Monte Cassino, regresó a Viena en un estado postraumático. La última frase del *Tractatus Philosophicus*, escrita en el frente oriental, da testimonio de ello: "Lo que no se puede decir debe callarse" (§ 7). Pero él no se quedó en este callejón sin salida y transformó sus "viejos pensamientos", como los llama en su *Tractatus*, en el prefacio a las *Investigaciones*¹⁷ después de su regreso a Cambridge al final de la década de los veinte. Al leerlo, uno comprende que lo indecible tampoco puede ser callado, porque es inevitable mostrarlo.

"Cuando no se puede más hablar, tampoco se puede callar" es el subtítulo de *History beyond trauma*

(*Historia más allá del trauma*) (Davoine & Gaudillière 2004),¹⁸ libro basado en escritos sobre Thomas Salmon y "la psiquiatría del frente". Tales documentos me fueron enviados por Nancy Bakalar, una psiquiatra de la Marina de los Estados Unidos a quien conocimos en 1995 durante nuestro seminario en la Escuela de Psiquiatría de Washington, fundada por Frieda Fromm Reichmann y Harry Stack Sullivan. Como me mostraba maravillada por la referencia de los analistas del Riggs a "su" guerra, me preguntó si estaba familiarizada con los Principios de Salmon, dado que él había luchado en nuestro país. Frente a mi aire estupefacto, prometió compartir con nosotros estos textos recopilados durante su formación como médico militar.

Thomas Salmon no era médico ni soldado cuando el ejército estadounidense lo envió a Inglaterra en agosto de 1917 para informar de las recomendaciones relativas a las "pérdidas psíquicas" que estaban destinadas a producirse. Regresó con cuatro principios que todavía hoy forman parte de la psicoterapia de los traumas de guerra: "Proximidad, Inmediatez, Esperanza y Sencillez". En su juventud había sido médico de pobres especialista en enfermedades infecciosas en un hospital psiquiátrico y luego acudió a la Ellis Island para atender a los migrantes que habían perdido la cabeza.

La tesis de Sophie Delaporte, *Thomas Salmon, el médico de los "sin voz"*,¹⁹ hace justicia a su gran papel, el cual fue silenciado en nuestro país. Salmon impulsó una nueva forma de psicoterapia que sería el crisol del psicoanálisis psicodinámico de la locura. Otro libro, *A War of Nerves* (Una guerra de nervios), del historiador Ben Shephard (2001), nos lo muestra en su oficina de La Fauche, cerca del frente de los Vosgos —en ese bosque mi abuelo se movilizó con las tropas alpinas como cazador a pie. Salmon convirtió un castillo en un hospital básico y capacitaba a los médicos jóvenes

15 Harry Stack Sullivan (1892-1947) Ludwig Wittgenstein (1889-1951).

16 La anexión (*Anschluss*) de Austria al Reich alemán de Hitler ocurrida en 1936.

17 Se refiere a las *Investigaciones filosóficas* (*Philosophische Untersuchungen*), 1953, publicado en castellano por la editorial Trotta en Madrid en 2017 [NT].

18 *Whereof one cannot speak, thereof one cannot stay silent.*

19 Sophie Delaporte, Thomas W. Salmon. *Le médecin des « sans-voix » et des soldats pour une autre psychiatrie (1876-1929)*, de próxima aparición.

para que pudiesen trabajar en el frente. Con nosotros, pero desconocido para el batallón, este personaje me recordó los atrincheramientos de la historia manifestados en la locura.

Una memoria que no olvida

La helenista Nicole Loraux²⁰ llamaba de esa manera (*mémoire inoubliable*) al retorno al presente por una sensibilidad a los más pequeños detalles: olores, luces, voces, visiones y otros *flashbacks* de la memoria traumática. La historia de las sensibilidades ha traído al frente de la escena social y política la palabra *trauma*, la cual originalmente no formaba parte de nuestro vocabulario. Poco a poco, la delimitación de un espacio congelado, aislado del lenguaje a través de los linajes y mantenido fuera de la flecha del tiempo se hizo evidente. “No se puede olvidar lo que no se recuerda. En este caso, las cosas se propagaron fuera de control” —dijo Bion (1987: 181). La función del recuerdo la realizan los rituales y las represiones del inconsciente, pero la memoria que no olvida no proviene de este inconsciente. El mismo Freud concuerda, por ello escribe sobre el héroe delirante en el cuento de Wilhelm Jensen: “Todo lo que es reprimido es inconsciente, pero no podemos decir que todo lo inconsciente es reprimido” (Freud, 1907/1986). De ahí la inadecuación de la expresión “retorno de lo reprimido” en este caso.

Este inconsciente no registrado debido al colapso del habla se manifiesta en imágenes no relacionadas, que el historiador de arte renacentista Aby Warburg describe como “sobrevivientes” [*nachleben*]. Cuando estalló la guerra de 1914, fue objeto de persecución del antisemitismo registrado por “el sismógrafo de su alma” que existía desde la guerra de 1870. Internado en 1921 en la clínica de Ludwig Binswanger, discípulo de Freud, gritaba que su familia

judía iba a ser “deportada, torturada y exterminada”. Obtuvo su alta en 1924 gracias a una conferencia sobre el ritual de la serpiente entre los Hopis (Warburg, 2003) pronunciada frente al personal y los pacientes.

Sin embargo, la inscripción de su persecución a través de ese ritual no podría haber tenido lugar sin la presencia de un otro a su lado. Su discípulo Fritz Saxl fue el único que creyó en la integridad intelectual de su maestro y lo ayudó a prepararse para su conferencia. Veterano de la Gran Guerra, había apreciado en otros el mismo fenómeno, y la locura de Aby no lo asustaba. Saxl fue su terapeuta, cuya etimología —*therapón*— se encuentra en *La Iliada*. La magnífica traducción de Pierre Judet de Lacombe (Homero, 2019) da fe de la doble función del *therapón*: Patroclo para Aquiles y viceversa; el *therapón* era tanto el segundo en el combate como el sustituto ritual encargado de los deberes funerarios. El poeta es el *therapón* de las Musas a las que asiste en la función catártica de capturar en palabras la *memoria que no olvida* presente en la ira de Aquiles.

Ante la locura de los traumas, es importante ocupar el lugar del segundo en el combate contra una instancia asesina sin fe ni ley, y otorgar una sepultura a las almas inquietas de los desaparecidos. Esta función también se materializa en la pareja formada por Don Quijote y Sancho Panza. Don Quijote es, efectivamente, hijo de un veterano de guerra: Cervantes lo nombra como tal en el prólogo del Libro Primero (Cervantes, 2001: 391). Luego lo lanza a la exploración de sus propios traumas de guerra haciendo que su héroe experimente las reviviscencias de sus batallas en Lepanto y La Goulette, así como su esclavitud durante cinco años en las mazmorras de Argel.

No enumeraré aquí los autores presentados en nuestro seminario, excepto para citar mi transcripción

²⁰ Nicole Loraux empleaba esta expresión cuando las reuniones interdisciplinarias del “Groupe du 30 juin” (Grupo del 30 de junio), donde Yves Hersant, Gilbert Granguillaume, Patrice Loraux, Jean-Pierre Peter, Jean-Michel Rey y nosotros, intercambiábamos nuestras respectivas prácticas de investigación.

de los seminarios de Jean-Max Gaudillière, quien hablaba sin notas.²¹ El último seminario, realizado de 2013 a 2014, trató sobre el libro de Kurt Vonnegut, *Timequake* (Vonnegut, 1977). Estos movimientos sísmicos del tiempo han sacudido mi camino como investigadora y analista y he tratado de repasarlos en este texto.

Cuando Jean-Max murió en marzo de 2015, interrumpí abruptamente ese seminario, para el asombro de los participantes. Stéphane Audoin-Rouzeau y Emmanuel Saint-Fuscien les dieron la bienvenida en un seminario titulado “La guerra transmitida”, el cual entonces pusieron en marcha. No puedo agradecerles lo suficiente por ocupar, sin dudar, el lugar de *therapón* en ese terremoto del tiempo.

Referencias bibliográficas y videografía

- Arbousse-Bastide, P. (1972). “Auguste Comte et la folie”, en Roger Bastide (dir.), *Les Sciences de la folie*. Le Javre, Mouton.
- Bal, M. & Williams Gamaker, M. (2011). Film: *A long History of Madness*, Cinema suitcase.
- Basaglia, F. (1968). *L’Institution en négation*. Seuil.
- Bion, W. R. (1987). “Séminaire in Sao Paulo 1978” en *Clinical Seminars and Other Works*. Karnac Books.
(1991). *The Long Week-End, 1897-1919*. Karnac Books.
(1997). “Thoughts without a thinker”, en Bion, Wilfred R. (1997) *Taming wild Thoughts*. Karnac Books.
- Bueltzingsloewen, I. V. (2007). *L’Hécatombe des fous*. Flammarion.
- Cervantes, M. (2001). *Don Quichotte*, trad. Jean Canavaggio. Gallimard.
- Comte, A. (1851/2018). *Système de politique positive*, t. 1. Hachette Livre/BNF.
- Davoine, F. (1986). Davoine, Le témoignage d’Élan Noir, *medicine man chez les Sioux*, in *Soin, psychiatrie*, n° 64, Février.
(1991). Une potière sans jalousie, en *Revue internationale d’histoire de la psychanalyse*, n°4.
(1992). *La folie Wittgenstein*, Bellecombe-en-Bauges: Éditions du Croquant.
(1998). *Mère Folle*, Strasbourg: Arcanes / Apertura.
(2017). *Comme des fous*, Folie et trauma dans Tristram Shandy. Gallimard.
- Davoine, F. & Gaudillière, J. M. (2004). *History beyond Trauma*, trad. Susan Fairfield. The Other Press; Histoire et trauma. Stock, 2006.
- Delaporte, S. & Salmon, T. W. *Le médecin des “sans-voix” et des soldats pour une autre psychiatrie (1876-1929)*, de próxima aparición.
- Freud, S. (1907/1986). *Délire et rêve dans la Gradiva de W. Jensen*, trad. Jean Bellemin-Noël. Gallimard.
(2006). *Lettres à Wilhelm Fliess*, éd. Complète de Jeffrey Moussaief Masson, trad. Françoise Kahn et François Robert. PUF.
- Freud, S. & Breuer, J. (1895/1967). *Études sur l’hystérie*, trad. Anne Berman. PUF.
- Fritz, J.M. (1992). *Le Discours du fou au Moyen Âge*. PUF.
- Fromm Reichmann, F. (1999). *Principes de psychothérapie intensive*, trad. D. Faugeras, Erès.
- Gaudillière, J.M. (2020). *Leçons de la folie*, Séminaires 1-7. Hermann.
(2021). *La naissance d’un sujet politique*,

²¹ Estos seminarios hubiesen quedado archivados a no ser por la intervención del Erikson Institute for Education and Research, el cual me invitó al Austen Riggs Center en el verano del 2017 para ponerlos en forma y publicarlos. Cfr. Gaudillière, 2020 y 2021. Agradezco a John Muller, Jerry Fromm y Jane G. Tillman, la directora del Erikson Institute, por haberme tan amablemente acompañado.

- Séminaires 8-14. Hermann.
- Greenberg, J. (1982). *I Never Promised You a Rose Garden* [1964]. Penguin.
- Gorney, J. E. (2021). "Otto Will et l'art de la relation", *Le Coq-Héron*. N° 547, Décembre.
- Guillemard, A.M. (1972). *La retraite: une mort sociale. Sociologie des conduites en situation de retraite*. Mouton.
- Homero (2019). *L'Illiade*, trad. Pierre Judet de Lacombe, en Monsacré, Hélène (dir.), *Tout Homère*. Albin Michel/Les Belles Lettres.
- Hornstein, G. A. (2000). *To redeem One Person is to redeem the World, The life of Frieda Fromm Reichmann*. The Free Press.
- Lacan, J. (1966). "D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose", en *Écrits. Seuil*.
- (1966). "Propos sur la causalité psychique", en *Écrits. Seuil*.
- (1991). Le séminaire. *L'Envers de la psychanalyse, 1969-1970*. Seuil.
- Laing, R. D. & Esterson, A. (1964). *Sanity, Madness and the Family*. Tavistock Publications.
- Laub, D. (2015). "Un événement sans témoin, vérité, témoignage et survie", trad. Simon Perrot, *Le Coq-Héron: Une clinique de l'extrême. Dori Laub, 2015*, n° 220.
- Mannoni, M. (1973). *Éducation impossible*. Seuil.
- Mohatt, G. & Elk, J. E. (2000). *The Price of a Gift. A Lakota Healer's story*. University of Nebraska Press.
- Mottez, B. (2006). *Les Sourds existent-ils?* L'Harmattan.
- O'Drury, M. (2002). *Conversations avec Ludwig Wittgenstein*, trad. Jean-Pierre Cometti. PUF.
- Pankow, G. (1967). *L'Homme et sa psychose*. Aubier Montaigne.
- Revel, J. (dir.) (1996). *Jeux d'échelle. La micro-analyse à l'expérience*. Coll. Hautes Études, Gallimard/Seuil.
- Saint-Fuscien, E. (2014). "Sortir de la guerre pour revenir dans la classe? L'impact de la guerre sur les pratiques enseignantes au prisme du cas Delvert (1906-1939)", *Histoire de l'éducation*, 3/2014 (n° 139), p. 51-72.
- Scheff, T. J. (1967). *Mental Illness and Social Processes*. Harper & Row.
- Shephard, B. (2001). *A War of Nerves*. Harvard University Press.
- Sullivan, H. S. (1998). "Les individus schizophrènes comme sources de données pour une étude comparative de la personnalité", Coloquio interdisciplinaire, Baltimore 1929, en *La schizophrénie, un processus humain*, trad. Danièle Faugeras, Ramonville-Saint-Agne, Érès.
- (1964). *The fusion of Psychiatry and Social Science*. Norton.
- (1974). *Schizophrenia as a human process*. Norton.
- Sterne, L. (2012). *La Vie et les opinions de Tristram Shandy, gentleman*, trad. Alfred Hédouin et Alexis Tadié. Gallimard.
- Swick Perry, H. (1964). *The fusion of Psychiatry and Social Science*. Norton.
- (1974). *Harry Stack Sullivan, Schizophrenia as a human process*. Norton.
- (1982). *Psychiatrist of America. The Life of Harry Stack Sullivan*. Harvard University Press.
- Van der Kolk, B. (2018). *Le Corps n'oublie rien*, trad. Aline Weill. Albin Michel.
- Vidal, D. (1977). *L'Ablatif absolu, Théorie du prophétisme, Le discours camisard en Europe. 1706-1713*. Anthropos.
- (2021). *Aux marges du sacré*. L'Harmattan.
- Vonnegut, K. (1977). *Timequake*. Berkeley Books.
- Warburg, A. (2003). *Le Rituel du serpent. Récit d'un voyage en pays pueblo*, trad. Diane H. Bodart, Philip Guiton, Sibylle Muller. Macula.
- Wittgenstein, L. (1961). *Tractatus, Investigations*

philosophiques, trad. Pierre Klossowski.

Gallimard.

(1982). *Remarques sur le Rameau d'Or de Frazer*, trad. Jean Lacoste. L'Âge d'homme.

(1989). *Notes sur l'expérience privée et les sense datas*, trad. Elisabeth Rigal, Mauvezin, Trans-Europ-Repress.

Wolfson, L. (1970). *Le schizo et les langues*. Gallimard.